



Inflar las notas devalúa a todos

SEGUIMOS llamándola Selectividad, aunque ahora se llama EBAU (Evaluación del Bachillerato para el Acceso a la Universidad) y cada vez selecciona menos. Un vertiginoso proceso de devaluación pedagógica está minando los fundamentos de una prueba ideada para filtrar por mérito, esfuerzo y capacidad a los estudiantes destinados a la titulación universitaria. La tendencia empezó hace tiempo, pero se aceleró definitivamente a partir de 2019, cuando el Gobierno decidió flexibilizar el examen de acceso a la Universidad multiplicando las opciones de respuesta. La pandemia no ha hecho más que acelerar el abaratamiento de la exigencia en una prueba de cuya antigua reputación queda ya muy poco.

No hay un solo culpable de un proceso en el que padres, centros docentes, consejerías autonómicas y Ministerio de Educación compiten por trapear el sistema. La inflación de calificaciones en Bachillerato destinadas a hacer media con la puntuación de la EBAU para dar la nota de corte de acceso a la carrera deseada es un escándalo de un tiempo a esta parte. Como contamos hoy, la inflación educativa –el alza exponencial de las calificaciones– es mayor que la económica y se sitúa ya en el 13% desde 2019. ¿Alguien se cree de verdad que la inteligencia colectiva de los alumnos españoles que superan el Bachillerato ha experimentado un milagroso renacimiento reflejado en una nota media de 8 en toda España en 2021? Sucede en todas las comunidades autónomas, aunque en algunas la diferencia es más clamorosa. ¿Cómo es posible que en Murcia hubiera un 18%

de sobresalientes en Bachillerato en 2015 y en 2021 se hayan multiplicado hasta el 33%? ¿O por qué Galicia ha pasado de tener un 13% de aprobados raspados en 2015 a presentar un 2% seis años después sin que hayan subido los suspensos? La explicación es sencilla: con tal de facilitar el acceso a la Universidad, los evaluadores se han puesto de acuerdo en inflar las notas para que nadie se quede atrás, sepa lo que sepa, y poder vender así como un éxito educativo –«Todos nuestros alumnos llegan a la universidad»– lo que no es sino una mezcla de condescendencia, negocio y cinismo. Eso no es educar.

Urge detener esta escalada artificial de las notas. No se trata de elogiar el sacrificio como un fin en sí mismo sino de reconocer que si todos los alumnos son sobresalientes significa que nadie sobresale, que su nota es papel mojado. Ofrecer 17 selectividades con parámetros de evaluación dispares favorece la competencia desleal. Bien está que Madrid vigile el adoctrinamiento en el aula y ponga el acento en la cultura del esfuerzo, pero hay que volver a la prueba única y homogeneizar criterios en toda España si queremos mejorar la cohesión territorial, laboral y social.

Este democratismo iguala por abajo y lastra el progreso real. España no se ha convertido de la noche a la mañana en un país de genios. Más bien sigue habitada por pícaros aficionados al

maquillaje estadístico y al café para todos. Pero un país que socava así el ideal de excelencia se hace trampas al solitario. Los alumnos reciben una falsa credencial de aptitud de la que terminará desengañándolos un mercado laboral competitivo. La productividad de la economía española se resentirá de esta cruzada contra el mérito.

Si todos los alumnos son sobresalientes, ninguno lo es
